

La conspiración alejandrina

Terry Bisson

Traducción:
Juan José Llanos Collado



1

Todos tienen algo que atesoran, algo que les importa más que cualquier otra cosa. La vida no es más que un proceso de eliminación, de descubrir qué es ese algo. Puede ocurrirte al final, cuando ya lo estás perdiendo. Si tienes suerte.

El día en el que empecé a descubrirlo, pues así es como pienso en ello ahora, era lunes, y comenzó como cualquier otro, pero al revés. Normalmente, *Homer* me despierta a mí, y no al contrario. Oí el *bip bip* de la libreta en la otra habitación y caí en la cuenta de que lo había estado oyendo desde hacía un rato. ¿Acaso solo había estado soñando que todavía estaba dormido?

Tenía que orinar, y cuando sueño no tengo que hacerlo. Entonces pensé: *¿dónde está esa perra?*

—*¿Homer?*— Normalmente la libreta la despierta en el acto, como si fuera un despertador. La agencia me envía algo todos los días, aunque solo sea un desmentido. Estaba a punto de volver a llamarla cuando oí el chasquido de sus grandes patas sobre el suelo de madera, y allí estaba, lamiéndome la cara. Su aliento olía un poco peor que de costumbre, pero le brillaban los ojos, que son negros y perlados. Me levanté para ir al baño y hacerle el desayuno (mi café se hace solo) y comprobé que ya eran las siete.

No es que me importara. Los lunes eran tranquilos.

Saqué a pasear a *Homer*, arrojé la libreta y la bolsa al lectro y me puse en marcha. La primera selección era en un barrio apacible al otro lado de Todt Hill; en Staten Island se pronuncia *toad*.¹ Desde la cima se ven Manhattan y Brooklyn: uno alto, el otro bajo; uno cerca, el otro lejos; los dos ordenados y pulcros. Y el Atlántico al este, tan homogéneo y monótono como la pradera en un sueño. En aquella época soñaba a menudo con el oeste. Eso era antes de que mis sueños se hicieran realidad.

La casa estaba situada en el ecuador de la colina, en una calle sinuosa y de vegetación frondosa. Por supuesto, está prohibido revelar los nombres o las direcciones. Aparqué justo enfrente. Había un perro en el porche, un chucho de aspecto peligroso pero soñoliento. Un blanco gordo en camiseta y pantalones vaqueros, que no era tan agradable como su casa, ni mucho menos, me abrió la puerta. La camiseta rezaba: «¿Y bien?».

Le enseñé la libreta y la miró desconcertado. Con auténtico desconcierto. He conocido a seleccionados que fingen ignorancia, pero la suya era de verdad.

—¿Y bien?

—Supongo que sabe por qué he venido.

—Ayúdeme —dijo—. ¿La AAI? ¿La Agencia de Asuntos Indios?

—AAE —expliqué—. Artes y Entretenimiento.

—Ah, sí. Son los que recogen cosas viejas.

—Exacto —afirmé, aunque la agencia es mucho más que eso—. ¿Quiere invitarme a pasar? Hace un poco de frío aquí fuera.

Solo un poco: estábamos a mediados de octubre. Pero lo primero que aprendemos en la academia es que las cosas

¹ N. del T.: En inglés, «sapo».

funcionan con mayor facilidad si consigues poner el pie en la puerta. El señor «¿Y bien?» refunfuñó un poco y retrocedió para franquearme el paso. Los dos nos sentamos en un sofá duro, ante una mesita de café desordenada. La situación era incómoda, pero estoy acostumbrado a eso. Sé que no nos encargamos tan solo de cosas: son recuerdos, sueños y, por supuesto, dinero.

—¿Le dice algo el nombre de Miller, Walter M. Jr.? —le pregunté. La idea es concederle al seleccionado la oportunidad de participar.

—¿Miller? ¿Jr.? Claro. Era un escritor de ciencia ficción, el autor de *Cántico por Leibowitz*, ¿no? De mediados de siglo, cuando los libros eran... ¡Espere un momento! ¿Quiere decir que han borrado a Miller?

—Hace seis semanas —dije.

—No sabía que lo habían retirado. Ya no sigo la ciencia ficción. Ni siquiera la ciencia.

—Le entiendo —respondí. Si él iba a cooperar, yo no iba a discutir.

—¿Y bien? Ah. Comprendo. Debo tener un libro suyo en rústica. Creía que todavía eran legales. Si le digo la verdad, hace más de un año que no los hojeo. No es una verdadera colección. Son una especie de saldo. Supongo que es mi día de suerte.

—En efecto —convine—. Pagamos ciento veinticinco por cada selección. Hasta la gente que no sabe nada de nosotros lo sabe.

—Y es el día aciago de Arthur.

—Walter —le corregí. Acto seguido le brindé lo que yo llamo la respuesta académica—: Ya ha tenido su momento de gloria. Ahora es el turno de otro.

—Claro, lo que usted diga —contestó el señor «¿Y bien?» con amargura. Desapareció en otra estancia y oí que abría y cerraba unos cajones. No perdí la puerta de vista, por si

acaso. Regresó con una caja medio llena de libros en rústica. Quizá dos tercios. Lo bastante para que sobresalieran parcialmente.

Hubo de comprobarlos todos; no obedecían a ningún orden concreto.

—Puede que aquí haya otros —dijo.

—Yo no sé nada de eso —señalé—. Solo tengo mi lista. Puede visitar el sitio web de la agencia. Los que entregue en persona valen cincuenta más.

—O quinientos, para los contrabandistas —repuso—. O cinco mil. He visto ese reportaje sobre, ¿cómo se llama?, Salinger.

—Yo no sé nada de eso —repetí—. Y la ley me obliga a recordarle que va contra la ley hacer siquiera chistes sobre los contrabandistas.

Una atmósfera helada se abatió sobre la habitación. No me importó. No te puedes tomar demasiadas confianzas; tienes que recordarle a la gente que trabajas para el gobierno.

—Lo que usted diga —dijo—. Aquí está. Hasta luego, Arthur. Walter.

Me lanzó el ejemplar. Había un monje encapuchado en la cubierta. Las páginas se desplegaron y el libro se estrelló contra el suelo. Lo recogí de la alfombra deslucida y lo metí en la bolsa.

—¿Ni siquiera va a mirarlo? ¿Ni a leer una sola palabra antes de destruirlo? Puede que aprenda algo sobre la vida.

—No se destruye a nadie —puntalicé. Lo taché de la libreta con la yema del dedo y pulsé ciento veinticinco.

—Lo que está eliminando no es solo un libro. ¡Es una vida humana!

Estaba empezando a ponerse beligerante. Era hora de marcharse. Me levanté.

—Yo no me meto en nada de eso. Me limito a recoger la mercancía y mandarla a Worth Street.

—¿Y después?

—Y después, ¿quién sabe? —Le tendí la mano—. Gracias por su colaboración.

No quiso estrechármela.

—Hasta luego, Walter —dijo, dirigiéndose a la bolsa. Le brillaban los ojos.

Empecé a retroceder hasta la puerta. El sentimentalismo y la violencia están estrechamente ligados. Lo aprendemos en la academia. A modo de broma, nos gusta decir que nuestro trabajo es mitad diplomacia, mitad psicología y mitad matemáticas.

—¿Y el dinero? —gruñó cuando abría la puerta. Oí otro gruñido que le respondía desde el porche.

—Ya lo he ingresado en su cuenta. Le agradecemos mucho su colaboración.

—En fin —dijo él—. Supongo que solo está haciendo su trabajo. Supongo que es descorazonador para los nuevos escritores que los antiguos estén siempre ahí.

¿Sarcasmo o simpatía inesperada? Sea como fuere, es otra mala señal.

—El trato no era para siempre, en todo caso —contesté, mientras cerraba la puerta de pantalla al salir y me retiraba lentamente del porche, observando al perro. Adoptan las actitudes de sus dueños.

—Es una pena que Miller no sea una puta estrella de cine, ¿eh?

Lo dejé vociferando al otro lado de la pantalla. Bajé los escalones, llegué a la calle, subí al lectro y me fui. Mi segunda selección era en los pisos que hay cerca de South Beach, en uno de esos barrios con casitas de madera y aceras quebradizas hechas con demasiada arena.

Resultó que esta selección sí que era una estrella de cine: o, cuando menos, una película. Nos dicen mucho lo de las estrellas de cine. Algunos opinan que no es justo que retiremos las películas y no a las estrellas, mientras que eliminamos a los escritores individualmente. Y supongo que no lo es. La verdad es que no puedo rebatírselo. No es que quiera, de todas formas. No me corresponde discutir.

Una mujer se presentó en la puerta. Tenía unos sesenta años, pero estaba vestida como si tuviera entre veinte y cuarenta. La sala estaba oscura y la televisión atronaba: emitían uno de esos debates diurnos, donde la mitad de los invitados son personajes de dibujos animados de los programas de máxima audiencia, que no deprimen los cojines del diván.

La señora «20/40» pulsó el botón de silencio y me invitó a entrar en cuanto le enseñé la placa. La selección era un VHS, anterior al DVD, que seguía en su estuche, con fotografía en color y todo. El sombrero, la pistola y el caballo indicaban que se trataba de un *western*.

—Iba a entregarlo —aseguró—. Iba a llevarlo la semana pasada, pero se me estropeó el coche.

A mí no me parecía que tuviese coche, ni siquiera un lectro. Supuse que había oído que teníamos discreción. No me importaba; no es mi dinero, y me gusta complacer a la gente siempre que puedo, ¡sobre todo después de la última selección!

—Lo comprendo —le dije mientras metía la película en la bolsa, y añadí—: Le diré una cosa. Le apuntaré los cincuenta extra, puesto que intentó entregarlo.

—El problema —objetó ella— es que no tengo cuenta en el banco. ¿Podría dármelo en efectivo?

Tampoco me lo creí. Sabía (y ella sabía que yo sabía) que estaba intentando eludir el impuesto. Pero bien mirado, ¿a

mí qué me importaba? Me dio su tarjeta y la pasé por la libreta.

—Es usted un príncipe —dijo.

—En absoluto —repliqué—. Solo soy un artista de la selección que hace su trabajo.

—¿Un qué?

—Un artista de la selección. No es más que un término que usamos nosotros.

—Mira por dónde, si es Santa Claus —dijo Lou, el camarero de Ducks & Drakes, donde almorzaba normalmente (a decir verdad, siempre) en aquella época. Una cerveza con zumo de tomate y un huevo crudo dentro. Me preocupa bastante la salud. O mejor dicho, me preocupaba.

Lou me llamaba Santa Claus porque siempre entraba con la bolsa. No me sentía cómodo dejándola en el lectro. Y era grande, como la saca de un cartero, con el sello de la AAE y todo.

—¿Cuál es el daño causado hoy? —preguntó.

Abrí la bolsa y le dejé mirar en el interior con la pequeña linterna que tiene detrás de la barra, con la que te deslumbra cuando has bebido demasiado y te dice: «Eso es todo, amigos». Técnicamente, siempre y cuando no meta la mano en la bolsa ni toque nada, no es una infracción.

Lou se encogió de hombros y dijo:

—¿Miller? —Pero conocía la película—. Clint Eastwood —anunció—. ¡No sabía que lo hubiesen retirado! A mi padre le encantaba. Le puso su nombre a mi hermano mayor.

—¿Clint?

—Woody.

—A lo mejor estás pensando en Woody Harrelson —dije.

—O en Woody Allen —sugirió una voz que procedía del extremo tenebroso de la barra. Se trataba de Dante, o por lo menos así es como lo llama Lou. Es un policía jubilado, o algo así; siempre se sienta en la penumbra—. Retiráis las películas, pero no a las estrellas de cine. Entonces, ¿cómo es que un cantante desaparece en cuanto sale su número?

—¡Venga! —exclamó Lou—. No pueden retirar a las estrellas de cine porque nunca salen solas en las películas. Los demás actores tendrían que hablar con una mancha blanca en la pantalla.

—¿Y? Los cantantes tampoco salen solos en los CD.

—A veces sí —apuntó Lou—. Además, las películas son distintas. Las películas durarían para siempre a menos que las retirasen. Atascarían el mundo, como el colesterol.

—Lo de los cantantes es una mierda —dijo Dante—. No deberían haber retirado a Sinatra. También era una estrella de cine.

—Es todo política —afirmó Lou, mientras rompía un huevo en mi vaso—. ¿Verdad, Shapiro? Las películas tienen fuerza. Timbre. Resonancia. Encanto. Además, este tío es un escritor de misterio, no un cantante, ¿verdad, Shapiro?

—De ciencia ficción —puntalicé.

—Es lo mismo —aseguró Dante, desde la penumbra—. Además, ¿cómo es que siempre se están metiendo con los italianos?

—A lo mejor es porque los italianos os estáis quejando todo el tiempo —observó Lou—. ¿Verdad, Shapiro?

—Lo que tú digas —dije—. En la academia nos adiestran para no discutir, y eso se transmite a la vida privada. Pero a veces me afectan las cosas que dice la gente. En primer lugar, la agencia no retira a nadie a menos que ya haya muerto. En

segundo lugar, lo hace un generador aleatorio, y Dante lo sabe. Y en tercer lugar, vamos a ver, ¿quién ha dicho que Clint Eastwood fuese italiano?

Solo tenía una selección aquella tarde. Era en una bocacalle de Silver Lake. Aparqué a una manzana de distancia y me tomé mi tiempo.

Me encanta Silver Lake. Parece un reflejo del mundo, con casas, árboles y coches por todo el contorno, y en el centro, un agujero azul: el cielo despejado. A menudo pienso (pensaba) en mi trabajo así. La agencia era el agujero azul que mantenía en orden todo lo demás.

Era una casa antigua, con el aspecto de un rancho, con un garaje adjunto abierto y lleno de trastos. Un perro viejo y desdentado salió y empezó a ladrar, luego se puso a mi lado y me acompañó hasta el porche. Algunos tienen mano con las mujeres, con los niños o con otros tíos. Yo la tengo con los perros.

La puerta estaba abierta, pero había una mosquitera. Vi el interior de la casa, oscuro. No había timbre. Golpeé la puerta mosquitera. El hombre que se personó en la puerta era espigado y flaco, tenía el cabello largo y castaño y se lo peinaba sobre la coronilla calva.

Verifiqué su nombre y le enseñé la libreta, que tenía mi placa de salvapantallas. Le dije lo que buscaba.

El señor «Calvito» no ensayó la mirada impasible. Tan solo me invitó a entrar. Cerró la puerta de pantalla dejando al perro fuera.

Me senté al lado de la bolsa en una lóbrega sala de estar. Las cortinas hacían juego con la alfombra; parecía que no las habían limpiado desde hacía años. El señor «Calvito» se excusó y regresó al cabo de unos minutos con una carpeta de cartón cuadrada y lisa, con la fotografía de un vaquero que

estaba subiéndose a un coche, o bajándose: un álbum. El disco del interior parecía un CD, pero era muchísimo mayor, y tenía dos caras, con surcos diminutos.

—Esto es lo que quiere —declaró—. Es un LP.

—Lo sé, los he visto —le contesté. No era cierto en sentido literal, pero en la academia habíamos estudiado todos los medios de almacenamiento y recuperación del siglo xx. Hay tantos tipos distintos que abarcan dos cursos independientes.

—¿Le importa si lo escucho por última vez?

Sentía tanta curiosidad que estuve a punto de acceder. Sobre todo cuando vi el dispositivo reproductor. Se trataba de una caja con tapa: un tocadiscos. Lo abrió y puso el plato en movimiento antes de que yo recobrase el sentido y respondiera:

—Lo lamento, pero está estrictamente prohibido.

—Entiendo —dijo mientras cerraba la tapa. Aunque yo no estaba seguro de lo que entendía exactamente. Estaba sujetando el LP, contemplando la imagen del vaquero (se le notaba por el sombrero) junto al coche, empuñando una guitarra.

»¿Se encuentra bien?

—Supongo —dije. Metí el LP en la bolsa—. Claro.

—Por un momento creí que iba a echarse a llorar.

—Es que ha sido un día largo —contesté, aunque solo eran las dos de la tarde. Me sequé los ojos y me sorprendió sentir lágrimas en el dorso de la mano.

—Hasta luego, Hank —dijo.

—¿Eh?

—Hank Williams —explicó—. Uno de los grandes. Un inmortal.

—La ley me obliga a recordarle que no hay ningún inmortal —alegué—. Esa propuesta se rechazó con la cláusula de...

—Solo es una expresión —aseguró—. Sin mala intención, ¿vale?

El perro quería seguirme, pero lo mandé al garaje. Empecé el camino largo, el que rodeaba el lago, para regresar. No conseguía quitarme aquella imagen de la cabeza. Me recordaba una canción. Casi podía oírla en mi cabeza, pero no del todo.

Además, estaba el nombre, Hank. Aunque jamás lo utilicé, es mi nombre de pila. Según mi madre, es el nombre que me puso mi padre.



2

Había demasiadas cosas.

Todos estaban al tanto, pero nadie sabía qué hacer al respecto.

La solución, o la Opción de Supresión, como acabó llamándose cuando se convirtió en una política oficial del gobierno, se presentó con un estallido, literalmente. El 5 de abril de 20** a las 4.04, una pequeña explosión originó un intenso incendio en el Musée d'Orsay de París. Cuando consiguieron controlarlo, las llamas habían destruido cuatro obras maestras del impresionismo, incluyendo *El ferrocarril de Argenteuil*, de Monet. El siniestro había sido provocado por un pequeño artilugio incendiario de relojería.

En un *communiqué* por correo electrónico dirigido a las oficinas de *Paris Match* y *The International Herald Tribune* un grupo autodenominado los *eliminateurs* reivindicó la autoría del atentado. Solo se identificaban como un «colectivo internacional de artistas», y empleaban una imaginería que en ocasiones adolecía de una espantosa vulgaridad para comparar la cultura occidental con el cuerpo humano, preguntando qué ocurriría si uno solo comiera y nunca eliminase nada.

La naturaleza internacional de su movimiento se puso de manifiesto la semana siguiente, cuando dos bombas explotaron simultáneamente en la Tate Gallery de Londres y en El Prado de Madrid. El incendio de la Tate fue el más grave, pues afectó a dos Turners y destruyó un Constable. En el Prado fue solo un conato. Los museos de toda Europa respondieron sustituyendo los originales por repro holográficas y réplicas texturizadas en 3D, acelerando un proceso que ya estaba en marcha en respuesta al deterioro ocasionado por la polución atmosférica.

—La era de la reproducción digital ha hecho que los originales estén cada vez más obsoletos— declaró el conservador de la Galería Haversdatter de Berlín—. Se pondrán a disposición de académicos cualificados para que los estudien.

Aumentó la seguridad y el tráfico de los museos se disparó. Fue como si al destruir el arte ilustre los *eliminateurs* le hubiesen recordado al público su valor. Las obras afectadas se exhibieron en una exposición ambulante especial: «El arte responde a sus enemigos». Se exhibieron simultáneamente reconstrucciones de los cuadros destruidos ante un público sin precedentes en Tokio, Londres, Nueva York y Vancouver. Al término del verano, después de dos meses sin incidentes, parecía que los *eliminateurs* no habían sido sino otra de las modas pasajeras que de tanto en tanto sacuden el mundo del arte, y que la crisis había terminado.

Fue una equivocación en ambos casos.